

Prólogo

Los secretos de los hombres solteros es un retrato sin reservas, brutalmente sincero, de cómo funcionan los solteros, cómo piensan, qué desean y por qué hacen lo que hacen. En resumen, este libro, inspirado en lo que aprendió un hombre (yo) justo cuando terminó una relación sentimental larga, es lo que estaban esperando las solteras: el que por fin descodificará esa miríada de señales confusas que los hombres, como criaturas simples que somos, emitimos tanto consciente como inconscientemente.

La presente obra le revelará la verdad sobre los hombres: que son complejos pero incoherentes, *pero* no tan misteriosos como parecen. Además, al leer las historias ocultas de las vidas de los hombres y sus mentes, aprenderá a detectar a los tipos a quienes no les interesa el compromiso, cómo hacer que un hombre le invite a salir y por qué en ocasiones los hombres no dan el primer paso, por mucho que lo deseen.

Poco después del final de mi segunda relación larga, empecé a trabajar como redactor de una columna sentimental. La columna me obligaba a analizar lo que pocos solteros consiguen hacer: el modo en que se comportan los hombres como yo. Este libro abarca mucho más material del que pude condensar en la columna, y le dirá todo lo que necesita saber sobre los hombres, todo ello desde la mirada de un tío normal: otra vez yo. Provista de esa información, usted podrá participar con confianza en el juego de los solteros, sin perder el control y, lo que es más importante, pasándoselo bien durante todo el viaje.

Y permítame que deje las cosas claras: este libro no es una guía paso a paso de cómo cazar al hombre perfecto. No existe ningún método ga-

rantizado al cien por cien, a prueba de todo, para obtener al tipo que anda buscando, porque no hay dos personas que sean iguales. Por el contrario, este libro le ofrecerá una amplia cantidad de información sobre los hombres que podrá añadir a lo que ya haya descubierto usted. Una vez que combine ambas, podrá elaborar su propio conjunto de normas y requisitos para sus citas. Después de hacerlo, usted será quien decida si piensa apostar por alguien o no. Lo único que puedo hacer es asegurarme de que esté lo bastante bien preparada e informada para comprender los riesgos que asume con los solteros que conoce, y que entienda la importancia que tiene aprovechar el conocimiento y la experiencia que *usted* ya posee.

Vale, pues ése es el propósito último de este libro: usar mi época de soltero (los dos años y medio enteritos) y todas las historias que me contaron tanto hombres como mujeres por el camino, para comprender cómo y por qué los hombres encuentran a la chica adecuada en el momento preciso.

Primero, vamos a remontarnos al principio de esos dos años y medio.

Expediente Soltero: el origen

Por lo que respecta a las rupturas, la mía no fue especialmente dramática. Después de pasar tres años bastante felices con mi ex, me di cuenta de que no era la persona con la que quería pasar el resto de mi vida, y la relación terminó.

Hasta aquí, todo normal.

Pero al día siguiente mi amigo Giles me ordenó que durante todo el año siguiente no tuviera pareja. Yo tenía 30 años, y había estado desparejado un glorioso total de seis meses durante los últimos ocho años (el lapso entre dos relaciones dilatadas). Así que Giles me dijo que necesitaba «conocer» a muchas chicas nuevas antes de meterme en otra relación.

Según Giles, esta regla del año a solas era esencial porque yo soy

blando, y me enamoro con demasiada rapidez. Me dijo que si no tenía cuidado acabaría con una novia nueva antes de estar listo para ello, echando así los cimientos para otra ruptura dolorosa un par de años después.

Durante esos doce meses tendría permiso para salir con todas las chicas que me diera la gana, pero ni pensar en forjar ningún tipo de compromiso con ellas. Aquella manera de hacer las cosas era nueva para mí: hasta entonces yo nunca había *decidido* mantenerme libre. Pero cuanto más pensaba en la idea de Giles, más sensata me parecía.

A fin de cuentas, había pasado por dos relaciones sentimentales largas, y ninguna de ellas había salido bien. Ya había dejado a mis espaldas la veintena, y prácticamente todos mis amigos estaban emparejados. Brotaban por doquier bodas y bebés, que se extendían a mi alrededor, y yo me estaba quedando retrasado en la carrera hacia la vida adulta.

Aunque mis instintos podrían haberme dictado que avanzase más deprisa e intentara ponerme al día agenciándome una esposa y empezando a procrear cuanto antes mejor, decidí que Giles tenía razón. Me tomaría mi tiempo, aprendería cosas sobre mí mismo y sobre el tipo de mujer con la que era compatible, y sólo entonces, cuando estuviera listo y la chica fuera la más adecuada, daría un paso adelante.

Inmediatamente todo eso de las citas comenzó a parecerme muy diferente. Empecé a analizar de una manera nueva a las mujeres que conocía y mis reacciones ante ellas, y con más detalle del que había aplicado con anterioridad. Mi vida amorosa comenzó a parecerse a un proyecto de investigación. Era fascinante.

Entonces, gracias a un escandaloso golpe de suerte, me hice profesional. Es decir, que me pidieron que redactara una columna del corazón en un diario. El tipo que se encargaba del trabajo antes de mí había renunciado a ella porque había encontrado pareja (una vergüenza o una noticia excelente, depende del punto de vista), y querían que yo le sustituyera.

De repente, mi «proyecto de investigación» había ascendido a una cota totalmente nueva. Ahora era un profesional de las citas, y tenía la

excusa perfecta para practicar todo lo que quisiera. Después de todo, no estaría tonteando porque sí: ahora todo lo que hiciera sería por amor a mis lectores. Ellos deseaban saber cómo funciona la mente del soltero, y yo tenía la responsabilidad de explicárselo.

Aquello me dio también la oportunidad perfecta para meter las narices en la faceta romántica de otras personas, y comencé a interrogar a amigos (tanto hombres como mujeres) sobre sus vidas amorosas. Escuché episodios sobre citas de todas las formas y colores. Algunas me hicieron reír, otras me sacaron los colores, y otras, simplemente, me dejaron sin saber qué decir.

Después de casi dos años de informar sobre mis propias aventuras en la primera línea del frente romántico, recopilando experiencias de incontables personas y analizándolas, casi había concluido mi investigación. El resultado fue la idea de escribir este libro.

Mi propósito era ayudar a las mujeres a meterse en la mente del soltero, a comprender todos los errores que cometemos y por qué lo hacemos, por qué tratamos a determinadas chicas como lo hacemos, cómo se comportan los hombres durante los estadios de sus propias épocas sin pareja, y cuáles son las señales a las que respondemos positivamente, frente a aquellas que nos hacen salir por pies, aterrados. Por tanto, este libro habla de lo que me sucedió y de lo que pasó a mi alrededor; las historias que escuché y de las que fui testigo; los consejos que ofrecí, recibí e ignoré; y la sabiduría y las cicatrices que fui acumulando por el camino. No pienso guardarme nada de nada.

Esas anécdotas le proporcionarán un conocimiento que usted podrá usar como si fuera una jugadora profesional de póquer que piensa en porcentajes y riesgos, aplicándolo a sus propias decisiones sentimentales para maximizar sus posibilidades de obtener el resultado (o el hombre) que usted desea.

Lo que es igual de importante, además de revelar los secretos de cómo funciona la mente de un soltero, este libro le demostrará que por mucho que piense que ha metido la pata en su vida amorosa, por mucho que se humillase con aquel tío que tanto le gustaba, siempre hay alguien (yo u otra persona) que ha metido la pata muchísimo más, porque to-

das las historias que cuento son ciertas. No todas me sucedieron a mí (si así hubiera sido, mi vida amorosa hubiera sido bastante atípica), pero sí a alguien. Y aunque me alegra decir que este libro no se limita a ser un relato de mis altibajos románticos y de mis «dentroyfueras» (perdón, no he podido contenerme), cuando sea necesario me meteré en el confesionario y le contaré historias sacadas de mi propia vida.

Y aquí viene lo mejor: una vez que todas ustedes, mujeres sin pareja, hayan leído todas las anécdotas y se hayan dado cuenta de que, después de todo, su vida amorosa no ha sido de las peores, que resulta que no son las ligonas más incompetentes del planeta, y que los hombres no son ni de lejos tan inexplicables como antes, su confianza en sí mismas se pondrá por las nubes... y todo el mundo sabe lo atractiva que resulta la autoestima.

Antes de que usted empiece a leer el primer capítulo, debo mencionar una cosa. Cuando escribí mi última columna sentimental, mi investigación para este libro aún no había concluido, porque seguía sin pareja. Pero ya no es así, porque no mucho después llegó a mi vida una mujer, de forma totalmente inesperada, en un momento en el que ni siquiera andaba buscando pareja. De hecho, acababa de renunciar a la idea. Pero, a pesar de todo, esa chica llegó... y se quedó. Se llama Charlotte, y en estas páginas su nombre aparecerá bastantes veces. También dirá algo por su cuenta al final del libro.

Y ahora entiendo que el hecho de conocer a Charlotte supuso la última parte de mi investigación, la última lección que aprendí: la que me hizo entender por fin cómo, por qué y cuándo un hombre (yo) conoce a alguien especial.

1

El encuentro

- Qué hacen los hombres para conocer a mujeres
- Cómo piensan los hombres cuando abordan a una mujer
- Por qué el hombre más afable no siempre es el más conveniente
- Cómo detectar a un seductor en serie

Cuando un hombre entabla conversación con una chica por primera vez, muy a menudo hay dos preguntas que le rondan por la cabeza. La primera es «¿Querrá acostarse conmigo?», y la segunda es «¿Cuándo?»

No pienso explicarlo, excusarlo o justificarlo. Eso es lo que hay, y punto.

Vale, de acuerdo, eso es lo peor que puede pasar; he querido rebajar deliberadamente sus expectativas. Prometo que, en realidad, no somos tan malos. Es cierto que hay alguno que sí lo es, pero no todos nosotros, ni mucho menos. Pero saber de dónde vienen los peores de entre nosotros resulta un punto de partida útil.

El hecho es que por ahí fuera rondan tíos que le dirán cualquier cosa para llevársela a la cama, y estoy dispuesto a apostar que casi todas las chicas de este mundo que estén sin pareja durante cierto tiempo acabarán cayendo en esta trampa al menos una vez en la vida.

Esas mujeres no tienen de qué avergonzarse. En absoluto, vamos. Lo único que han hecho es correr un riesgo, sin obtener el resultado que esperaban. No tiene sentido darle vueltas a algo que ya ha pasado, de modo que si usted ha vivido esa experiencia, siga adelante. No se preocupe por las cosas que no puede controlar, como el pasado. Límite-

se a meterlo en una caja con la etiqueta de «EXPERIENCIA», y haga lo posible para asegurarse de que no vuelva a sucederle. No porque haya hecho nada malo, sino porque se sintió mal después. Quiero que evite sentirse mal.

Ahora le explicaré cómo hacerlo.

La regla

Hay una sola regla sencilla que usted puede seguir y que, estadísticamente, mejorará muchísimo sus posibilidades de protegerse. No puedo garantizarle el éxito en todos los casos, pero a la larga los beneficios serán evidentes.

Esta regla puede disfrazarse de mil maneras guays (¡eh, si hasta ha habido gente que ha escrito libros sobre el tema!), pero se la voy a exponer de la manera más sencilla posible.

Dice lo siguiente: si se siente atraída por un hombre, no se acueste con él con demasiada rapidez.

Parece fácil, ¿a que sí? Sin embargo, hay un número considerable de chicas que pasan por alto el hecho (y es un *hecho*) de que, cuanto antes se vayan a la cama con un hombre, mayor es la probabilidad de que esa relación no vaya a ninguna parte.

Por supuesto, si lo único que usted quiere es sexo, lléveselo a la cama lo antes que pueda. Dicho sea de paso, no creo que sea malo que las mujeres disfruten del sexo esporádico. Pero creo que el sexo carente de emoción resulta más sencillo para los hombres que para las mujeres, de modo que los riesgos (el principal de los cuales es que se enamore de la persona con la que, supuestamente, sólo ha tenido relaciones informales) son mayores para la participante femenina. Esto no implica que yo sea sexista o antifeminista (no soy ni una cosa ni la otra); simplemente es una conclusión generalizada basada en un gran número de observaciones. Si no está de acuerdo, perfecto. Pero yo no voy a cambiar de opinión.

Como sucede con todas mis historias y mis conclusiones, hay ex-

cepciones a esta regla. Pero, como pasa con los rollos posrelacionales que acaban en boda, no son muchas.

¿Por qué?

Los hombres del siglo XXI siguen siendo hombres

Imagínese que un hombre se va a cazar alces. Se pasa semanas, quizá meses, preparando el viaje. Él y sus amigos reúnen el equipo, las prendas de vestir, las armas, los alimentos, etc. Eligen un lugar donde alojarse, deciden quién conducirá y calculan cuánto les va a costar la excursión completa. Sacrifican una hora tras otra, y el grupo experimenta una emoción indescriptible incluso antes de salir de casa.

Por fin, comienza la partida de caza. Encuentran un alce, y ¡oh, maravilla!, es un ejemplar magnífico. Grande y fuerte, con una cabeza rotunda y una cornamenta espectacular. Sí, ése es el que quieren, el alce de una vez en la vida. Así que le siguen el rastro por el bosque, moviéndose con el mayor sigilo posible para evitar que el gran animal salga huyendo. Lo siguen durante horas, hasta que uno de los cazadores ve su oportunidad. Saca en silencio su rifle, lo carga con más cuidado de lo que lo ha hecho en su vida, respira hondo y apunta lentamente. Sabe que es el alce más grande, el mejor que ha visto jamás, el gran premio de su vida cinegética. ¡Ha trabajado tanto, ha invertido tanto esfuerzo en este momento! Está nervioso, emocionado, y se siente genial.

De modo que el alce es abatido (con humanidad, por supuesto) y los cazadores lo llevan de vuelta al hotel, lo cual conlleva un trabajo agotador durante todo el camino. Durante las semanas posteriores, el hombre que abatió el alce hace que disequen la cabeza, de modo que pueda contemplar siempre aquel rostro noble y su magnífica cornamenta, y contar a todos los visitantes de su hogar aquella anécdota de cuando fue a cazarlo. La cabeza de aquel espléndido alce es muy importante para él. La *valora*.

Ahora imagine que ese mismo hombre va un día conduciendo por un bosque. Un alce igual de majestuoso cruza la carretera justo cuando

pasa él, se produce un lamentable accidente y el vehículo atropella al animal, que muere de inmediato. El hombre se baja del coche y lo observa. Es cazador y conoce bien a los alces, de modo que se da cuenta de que aquél es un espécimen maravilloso. Pero ¿qué hace? ¿Se lo lleva a su casa y manda disecar la cabeza para poder admirarla el resto de sus días?

No. Menea la cabeza, y piensa: «Ha sido una lástima, pobre animal». Arrastra el alce muerto a la cuneta de la carretera y se va a su casa. Cuando se le ofreció en unas circunstancias distintas, exactamente el mismo alce careció casi de valor.

Así es como piensan los hombres, especialmente sobre el sexo.

Pregunta: ¿qué tipo de alce quiere ser usted?

Respuesta: no sea un alce atropellado.

Secretos masculinos

Los hombres quieren verla como una pieza valiosa. Queremos sentirnos especiales por haberla cobrado. Entienda esto y podrá aprovecharlo en beneficio propio.

Señales e indicadores

Entonces, ¿cómo es posible alcanzar el grado justo de flirteo, es decir, decirle a un hombre que es usted divertida, pero no en el sentido de «invítame a una copa y el resto de la noche soy tuya»?

Sencillo: mantenga el control. Decida qué piensa hacer y no se desvíe del objetivo. Elabore reglas para sí misma. No quiero decir que siga *Las Reglas* (ya hablaremos de ellas más tarde); me refiero a un conjunto de directrices que haya elaborado usted misma, sólo para usted, que le garanticen que no va a meter la pata.

Cómo no hacerlo

Una chica que conozco me contó la historia de una amiga suya. Es una fuente genuina; no es una de esas anécdotas que empiezan diciendo: «No te vas a creer lo que hizo mi amiga...», sino algo que le pasó de verdad a la amiga de la narradora. Tampoco es una de esas leyendas urbanas que se transmiten de un grupo de amigos a otro, y que con cada redistribución adquiere una pátina nueva de jugosos adornos.

No, ésta pasó de verdad. Incluso conozco el nombre de la chica a la que le sucedió. Pero no voy a mencionarlo porque no soy tan rastrero.

Vale, pues pasemos a la historia.

La chica sale en una primera cita con un chico que le gusta mogollón. Ella ya tiene un historial de ir demasiado lejos en la primera cita, sobre todo cuando ha tomado algunas copas, de modo que decide no beber demasiado para no perder el dominio de sí misma. La susodicha se asegura incluso de que no caería en el error de siempre al no depilarse las piernas o perfilarse la línea del bikini; es algo que, según piensa ella, hará que no tenga ganas de quitarse la ropa delante de él esa misma noche.

Pero la chica bebe demasiado y se pone traviesa, se lleva al hombre a su casa y pergeña un plan astuto. Lo deja sentadito en el sofá mientras se mete en el baño y se depila a toda máquina. Libre ya de vello y vestida con una minifalda, se le acerca insinuante y se apoya toda seductora en la puerta que conduce al dormitorio.

El hombre la mira de arriba abajo y, cuando su mirada acaricia sus piernas, abre los ojos como platos, espantado. La joven, confundida, baja la vista.

Resulta que a aquella chica no se le da muy bien el delicado arte de la depilación cuando ha ingerido varios cócteles, y se ha hecho algunos cortes. Ahora tiene las piernas ensangrentadas.

Chilla.

Se mete corriendo en el baño, cierra la puerta y se echa a llorar. El hombre llama a la puerta y le dice que no es para tanto, pero ella no escucha. Le dice que se vaya, y no vuelven a verse.

No es que sea una gran historia de amor, ¿no?

Entonces, ¿qué puede hacer ella? O bien permite que durante los veinte años siguientes la torture la vergüenza, o bien le da por reír y seguir adelante, diciéndose que una no puede preocuparse por las cosas que no puede cambiar. Además, apuesto mi pierna izquierda a que no volverá a cometer el mismo error.

Como seguramente imaginará, yo le aconsejaría que se decantase por la segunda opción. Pero con un último intento de tocar el cielo: debería haber telefoneado al chico afectado. Si era un buen tío y le gustaba la chica, el incidente sangriento no debería importarle. Y si las cosas salieran bien, tendrían un incidente sobre el que reírse juntos durante años.

Incluso aunque él no estuviera interesado, ella no podría hacer más el ridículo de lo que ya lo había hecho.

Las lecciones aprendidas

¿Cómo debería haber jugado sus cartas? Hay una cosa sencilla que podría haber hecho, y que le hubiera ahorrado los nervios y la humillación: no haberse llevado a casa a aquel hombre.

Acostarse con un hombre durante la primera cita no tiene, de por sí, nada de malo, pero meterse en la cama con alguien con demasiada rapidez puede generar problemas si su meta es maximizar sus oportunidades de llevar las cosas a alguna parte.

Aquella chica se equivocó en su decisión. Perdió el control de la situación y, por tanto, perdió a su chico.

Pero no tenía por qué haber sido así, porque, en realidad, incluso después de que lo echara de su piso, no estaba todo perdido. Si le hubiera telefoneado al día siguiente, se hubiese disculpado y le hubiera pedido permiso para invitarle a una copa en algún otro momento, es posible que él hubiera dicho: «Pues vale, vamos a quedar». Al hacerse de nuevo con el control, ella hubiera dispuesto de una segunda oportunidad.

Aquí voy de nuevo... a solas

Uno de los grandes desafíos que plantea la vida a un hombre sin pareja, sobre todo a uno que es relativamente novato en esas lides, es abordar a una mujer cuando uno está sobrio. ¿Qué le va a decir? Y si ella le dice que no, ¿cómo replegarse con cierta dignidad? Las dos veces que me quedé sin pareja después de unos cuantos años de dedicarme a ese juego, después de la Novia X y la Novia Y, yo no tenía ni remota idea.

Pero lo que sí tenía era un arma secreta: B.

B es un tipo que irá apareciendo de vez en cuando por estas páginas. Es un buen amigo mío, pero una mala influencia, malísima. Es ese tipo de hombres que bebe un montón y tiene un pedazo de arsenal de frases para iniciar una conversación, que emplea con las chicas dondequiera que esté, independientemente de la hora del día o de la noche. Como resultado de esto, B sale con varias mujeres cada semana, y una vez que se ha acostado con una de ellas, inmediatamente pierde el interés y pasa a la siguiente. Es un jugador estereotipado, un chico malo hasta la médula, que no siente ningún interés por sentar la cabeza.

Evidentemente, no es una *mala* persona de verdad; es mi amigo y me ha ofrecido amablemente sus experiencias y sus pensamientos para este libro, con la esperanza de que resultaran útiles. Pero B es, fundamentalmente, alguien con quien no querría que saliesen mis hermanas. Por tanto, es exactamente el tipo de hombre que usted debe aprender a reconocer, comprender y evitar.

Una cosa más: si hago algo que no le gusta, la culpa es de B, no mía. Por favor, recuérdelo.

Sea lo que sea, fue B quien me indujo a hacerlo.

B tiene un método a prueba de bombas para conocer mujeres. Lo ha usado muchas, muchas veces, y asegura que le funciona. El método de B es sencillo: encuentras una chica que te gusta, te acercas a ella, relajado y sonriente, la miras a los ojos y le dices lentamente: «Perdona, espero que no te moleste que te lo diga, pero eres realmente preciosa». Haces una pausa para que ella sonría y se sonroje, y luego añades:

«Si no tienes pareja, me encantaría que fuéramos a tomar unas copas un día de éstos».

En un mundo ideal, ella responde: «Sí, eso sería estupendo», intercambiáis los números de teléfono y te vas. Parece ser que cuando la chica ya tiene novio esta técnica la deja como flotando entre nubes, porque un desconocido le ha dicho que es preciosa, y el halagador se queda muy contento al saber que ha sido él quien puso esa sonrisa en su rostro. Todo el mundo gana.

Así que decidí probarlo.

Bajo tierra

Mientras iba en el metro un jueves por la tarde, temprano, vi a una morenaza espectacular. Estábamos bastante cerca el uno del otro, y cuando se cruzaron nuestras miradas y ella sonrió, empecé de inmediato a ensayar la frase de B.

Unos minutos más tarde, y después de varias sonrisas más, se bajó del tren, dos paradas antes que yo. Decidí rápidamente ir tras ella: era una oportunidad demasiado buena como para desaprovecharla.

Gracias al cielo el andén estaba casi vacío, de modo que si me humillaba, al menos no habría testigos.

Le di un toquecito en el hombro, y ella se volvió y sonrió. Respiré hondo y, cuidadosamente, recité las palabras mágicas. Mi discurso fue impecable. Me sentí bien.

Entonces ella apagó su iPod, se quitó los auriculares y tuve que empezar de nuevo.

Fue una agonía: el discurso, repetido por segunda vez, no sonó tan bien, ni de cerca, como el primero, porque la presión lo había anquilosado. Cuando acabé, ella me ofreció una sonrisa preciosa (en serio, era una chica tremenda) y me dijo: «Lo siento, tengo pareja. Pero gracias».

Le dije que su pareja era un tío con suerte (no se me ocurrió otra cosa; B no me había preparado para esta eventualidad), y ella se marchó, dejándome por los suelos.

¿Fin de la partida? No, no del todo.

Cuando llegó al extremo del andén (yo tuve que esperar al próximo tren: más agonía), se dio la vuelta, me saludó con la mano y me dedicó una sonrisa amplia y encantadora. En aquel momento me di cuenta de que, incluso cuando uno se embrolla con las palabras, como me pasó a mí, un movimiento totalmente inesperado como aquél conseguirá, como mínimo, iluminarle el día a alguien.

Pero ¿volví a hacerlo?

No, hombre, no: uno tiene su orgullo.

Las frases mágicas y las señales de peligro

Aquel intento de seducción en el metro fue algo bastante desacostumbrado para mí. Aquel tipo de abordaje nunca había sido mi estilo. La cuestión es que los hombres que van de caza encajan en una u otra categoría: aquellos que temen el rechazo y aquellos que no. Y yo siempre he tenido ese miedo.

A quienes no les importa que les den calabazas no esperarán a que la chica que les interesa los mire fijamente a los ojos y sonría con picardía para dar el primer paso. No, en lugar de eso, este tipo de hombre irá directo a por ella en cuanto vea un «blanco» potencial. Si ella le rechaza, no hay problema. Simplemente pasará a la siguiente que cruce su mirada con él sin volver a pensar en la primera.

Esto es lo que hace B. Localiza a una chica que le gusta en una disco y le dice: «Hola, me encantan tus zapatos. ¿Me das tu teléfono?», y aunque ella le eche una mirada despreciativa y urticante de esas que dicen «cuando las ranas críen pelo», y le conteste que se vaya a hacer *puenting* sin cuerda, él se aleja la mar de sonriente y busca a la siguiente. No entiendo cómo consigue hacer esto una noche tras otra. Pero lo consigue. Incluso tiene un lema: «Es mejor intentarlo y fracasar que no intentarlo», frase que se recuerda cuando se le agotan las reservas de coraje. Lo cual no pasa muy a menudo, porque tiene mucho éxito.

Los hombres que le tienen miedo al rechazo (un grupo mucho más

numeroso, del que formo parte) no actúan así. Necesitamos que una chica nos dé pie a actuar, captar algunas señales que nos digan que, incluso antes de decirle «hola», al menos tenemos una oportunidad de éxito. Quizás una sonrisita, una mirada sostenida; algo que podamos procesar en nuestra mente y acabar pensando: «Tal vez tenga posibilidades».

No me considero una persona especialmente tímida, pero comparado con B parezco un cagueta. No, prometo que no lo soy.

Secretos masculinos

Si un hombre desparejado ve a una chica que le gusta pero no se acerca a ella, es que tiene miedo a que le rechace. Es la única explicación posible.

No somos tímidos. De verdad que no

Le voy a contar dos anécdotas para demostrarlo. La primera, como el episodio del metro, me pasó durante aquel vacío de seis meses entre las novias X e Y. Estaba haciendo cola en un cajero automático cerca de un club nocturno en el que estaba a punto de entrar cuando vi una moneda de un penique en el suelo, justo delante de mí. La recogí y miré alrededor. Detrás de mí, en la cola, había una morena muy mona. Le di la moneda, diciéndole que iba a necesitar la suerte que pudiera darme ese acto; comenzamos a charlar y acabé saliendo con ella dos semanas. «Buena improvisación», pensé. En aquel momento iba un poco bebido, lo cual me facilitó las cosas. Pero, aun así, fue una buena improvisación.

La segunda le sucedió a B. Estaba en el gimnasio y, después de librar una batalla perdida con algunas mancuernas, decidió irse a la piscina. B estaba chapoteando en el agua, aburriéndose un poco, cuando una chica vestida con un bikini salió del vestuario. Se metió en la piscina, hizo un par de largos y luego se detuvo justo al lado de donde estaba él.

Cuando ella salió del agua, le sonrió y B se dio cuenta de que era muy bonita, y que su físico era como el de una extra de *Los vigilantes de la playa* (le cito textualmente). Mientras ella se dirigía hacia el baño de vapor, B tuvo una panorámica perfecta de su trasero.

Aguardó un par de minutos y fue tras ella. Cuando abrió la puerta, no vio nada (era un baño de vapor especialmente vaporoso), de modo que dijo: «Sé que hay alguien dentro, pero no veo nada, así que disculpa si me siento en tu regazo por accidente». Ella se echó a reír y charlaron unos cuantos minutos hasta que él empezó a cocerse como una langosta.

Entonces fueron a tomarse un café posentrenamiento y ella le dio su teléfono.

Tres días después, B llevaba media hora en su primera cita con la chica a la que había conocido en el baño de vapor. Había descubierto que era divertida, se reía mucho, y era una de esas personas con las que uno se divierte cuando está con ellas. O sea, que las señales parecían prometedoras.

Pero se avecinaban problemas.

Ella comentó que vivía cerca del gimnasio donde se conocieron, de modo que B le preguntó si trabajaba en aquella zona.

—No —repuso ella—. Sólo he vuelto por una semana.

—Ah. ¿Vuelto de dónde?

—De la universidad.

B casi se atragantó con la cerveza.

Tuvo que formularle la pregunta:

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno. ¿Y tú?

—Treinta.

—Ah —contestó ella, como si no tuviera importancia.

Pero B no podía dejarlo pasar, porque nueve años es una diferencia tremenda. Cuando él acabó el colegio, ella tenía 7 años. Cuando él acabó la universidad, a ella aún le faltaban un par de años para elegir sus materias de secundaria.

De repente la cita se torció para él. B no tenía ni remota idea de que ella fuera tan joven. Me dijo que le hubiera echado más de 25 años,

no porque ella pareciera mayor de lo que era, sino porque mostraba tanta confianza en sí misma que nunca se le hubiese ocurrido que sólo tenía 21.

Tomaron unas cuantas copas más y él se dio cuenta de que estaba disfrutando de la tarde, aunque no dejaba de recordarse lo joven que era ella. Al final, B decidió dejar para otro día las preocupaciones sobre la edad, y la cita se prolongó hasta la mañana siguiente.

Durante los días que siguieron, B se encontró un tanto dividido respecto a aquella chica. Le gustaba y se lo pasaban bien juntos, pero era una estudiante universitaria de 21 años. ¿Funcionaría?

Por qué los hombres y las mujeres son diferentes

Un par de noches más tarde, salí a cenar con B y unos cuantos amigos más, hombres y mujeres de nuestra edad. Les hablé de aquella chica y de la dificultad potencial que suponía la edad, porque lo cierto es que no sabía qué hacer al respecto. Los tíos se rieron con aire perverso, de «aprovecha la ocasión, tío», mientras que las mujeres que tenían pareja sonreían en silencio. Pero las que no tenían pareja no se rieron. Una de ellas arremetió contra él.

—Eres patético —escupió—. Tendrías que salir con mujeres de tu edad. Los tíos que salen con chicas mucho más jóvenes que ellos son unos perdedores, que no saben manejar a mujeres maduras.

Es posible que yo no fuera la persona más madura del mundo, pero pensé que aquello era demasiado duro. Lo mismo pensó B, quien le dijo que se metiese su amargura por donde le cupiese (mencionó cierto orificio concreto). Si le apetecía, seguiría quedando con aquella chica de 21 años, ¡a ver si no!

Pero ¿por qué aquella mujer sin pareja fue la única que se lo tomó tan mal? ¿Por qué la perspectiva de un hombre con una chica más joven suscitó una reacción tan intensa?

El porqué de la dulce venganza

Todo hombre que se haya enamorado de una mujer de su propia edad sabe lo que se siente cuando descubre que hay otro hombre *mayor* que él que se interesa también por ella.

A uno se le empieza a formar en el estómago una pelota de miedo (fruto de la indefensión y la compasión por uno mismo), cuando se da cuenta de que compite para obtener a aquella maravillosa criatura contra alguien para quien no es rival. Sí, uno es divertido, la adora y se lleva bien con los amigos de ella. Incluso es posible que tenga coche y un trabajo digno.

Pero el otro es *mayor*. Y, por lo tanto, indiscutiblemente más guay que usted.

Esa sensación es espantosa. Resulta frustrante y dolorosa, y nos hace sentir como muchachitos patéticos. Aunque conozcamos al tío mayor y seamos un palmo más altos que él y mucho más atractivos: da lo mismo. Él es *mayor*, de modo que sale ganando y no hay absolutamente nada que podamos hacer al respecto.

Seguramente la ruptura más traumática de mi vida tuvo lugar cuando yo tenía veintitantos años, y me encontré precisamente en esas circunstancias. Mi rival era ocho años mayor que yo, tenía mucho más dinero y era más mundano. Por supuesto, él no la *ponía* como yo. No *conectaba* con ella como yo. Y yo lo sabía, y sabía que ella también. Pero no importó. Él era mayor, de manera que yo me quedaba fuera de plano.

Así que cuando aquella mujer atacó a B porque salía con una chica de 21, yo pude comprender su ira, porque era la misma rabia impotente que sentíamos los chicos cuando las mujeres de nuestra edad se emparejaban con tíos mayores; el único detalle es que ella se ponía de parte de la «inocente» veinteañera que, sin poder evitarlo, había caído en las garras del hombre mayor y más astuto.

Pero al mismo tiempo no podía evitar pensar que aquella chica furiosa era el tipo de mujer que, cuando teníamos 22 o 23 años, se hubiera vuelto loca por un hombre unos años mayor que ella. Hubiera pensado que era guay estar con una persona madura. Hubiera echado a los

jóvenes de su edad una mirada de suficiencia, diciendo algo así como: «Los hombres maduros son mucho mejores. Son *hombres*, ¿sabéis? No chicos. Vosotros sois chicos».

Mala suerte, cariño. Ahora las cosas han cambiado.

Por supuesto, no dije nada de esto: no soy tan valiente. No quería que nadie me echase una bebida por encima. B no fue tan tímido, y acabó luciendo media copa de Pinot Grigio el resto de la velada.

B toma una decisión

Aquella tarde no había arrojado mucha luz sobre el dilema de B, si tenía que seguir viéndose con la veinteañera o no. Días después me encontré con él, y me preguntó qué pensaba. Yo era consciente de que la chica le gustaba, de modo que le di exactamente el tipo de consejo que pensé que él me daría si yo estuviera en la misma situación.

—Te voy a dar cinco motivos por los que sería una estupidez dejar de verla —le dije—. Uno: tiene veintiún años, y a ti te gustan las chicas maczorras. Dos: todos tus amigos te envidiarán. Tres: ella es joven, así que no te va a pedir que la llesves al altar. Cuatro: si dejas de verla, habrás cedido a la presión social, lo cual te convertirá en un perdedor. Cinco: es estudiante, de modo que no esperará que te gastes mucha pasta en las salidas. Es un triunfo seguro.

Aquéllos eran los pros. Para los contras, fuimos a consultar a un par de amigas.

Primero nos señalaron que aquella chica del baño de vapor tendría que preocuparse por los préstamos concedidos para sus estudios, mientras que B tenía un trabajo propio de adultos; es decir, ¿qué tenían en común? Ellas dijeron que nada. Segundo, dijeron que seguro que los amigos de la chica eran encantadores, pero que también eran veinteañeros, lo cual suponía que tendrían que devolver sus préstamos por estudios y clases a las que asistir, mientras que los amigos de B ya tenían sus trabajos y pensaban en el matrimonio y en los hijos. ¿Cómo iban a combinarse los dos grupos? Por último, una de ellas se refirió a

la chica en broma como «la nena», lo cual hizo que B se estremeciera ligeramente.

Hasta el día siguiente no tomó la decisión.

Una de sus amigas lo llamó por teléfono y, cuando B contestó, ella le dijo:

—Hola. ¿Hablo con B, el famoso pedófilo?

Aquél fue el instante en que cualquier posibilidad de que pasase algo más entre él y la chica de 21 años falleció de muerte repentina. Es posible que cediera a la presión social, según pensaron algunos, pero al menos no fue la víctima del ridículo público. Y recuerde que aquello sólo era un ligue. Ella se marchaba de la ciudad al cabo de unas semanas, así que seguramente no buscaba nada serio, y B es B, de modo que las campanas de boda no iban a sonar precisamente pronto. Pero aun así no hubiera soportado ser el blanco de las chanzas, aunque sólo la viera unas pocas semanas. Así de importante es para B su reputación.

Personalmente, creí que había cometido un error. Cuando hablaba de aquella chica, no lo hacía con la perversión estereotipada que uno esperaría de un tío como B que sale con una mujer mucho más joven. Es evidente que había salido con algunas así (B es lo que es), pero también hablaba mucho sobre cómo se reían juntos y cuánto se habían divertido. Yo llevaba mucho tiempo sin oírle hablar así de una mujer, de modo que el hecho de que dejase de verla fue, al menos desde mi punto de vista, una lástima, porque parecía existir algo potencialmente bueno entre ellos. Pero no era yo quien tenía que tomar una decisión.

Secretos masculinos

Los hombres se preocupan por lo que sus amigos (tanto hombres como mujeres) piensan de ellos y de sus decisiones. Hay pocas cosas que deseemos más que la aprobación de aquellos que tenemos cerca.

Me quito un peso de encima

Al leer mis dos historias anteriores, se habrá dado cuenta de que los hombres tratan a las mujeres de distintas maneras. Por supuesto que lo hacen: no hay dos personas iguales, hombres o mujeres. Y las mujeres distintas reaccionan de maneras diferentes a las mismas técnicas de ligue.

Por eso los libros como *Cómo conquistar marido** y *El método* me cabrean tanto.

Básicamente, *El método* aconseja a los hombres que parezcan divertidos e interesantes, y luego les da lecciones de cómo conquistar a las mujeres. Sin embargo, tal como yo lo veo, lo único que consigue es ayudar a los tíos a aprovecharse de chicas que tienen una baja autoestima y/o son lo bastante jóvenes como para no haber caído en la misma trampa antes. *Cómo conquistar marido* sugiere a las chicas que no sean demasiado fáciles ni accesibles, pero desde mi punto de vista sólo les da lecciones de cómo echarle el guante a un hombre inseguro.

Y eso es todo.

No es astrofísica, ¿eh?

No me malentienda: me encantaría vender una cuarta parte de los libros que han vendido Neil Strauss, Ellen Fein y Sherrie Schneider, pero hay algo en su forma de ver las cosas que me deja frío.

Mi problema con los dos libros mencionados es que hacen que la relación sentimental sea artificiosa, y por tanto se cargan del todo el romanticismo. Mi problema con *El método*, concretamente, es que tengo hermanas y un montón de amigas, y la idea de que se las pueda manipular tan fácilmente para irse a la cama con alguien me pone malo.

Habiendo dicho esto, leí *El método* y pensé que era un libro estupendo, muy divertido y muy bien escrito. Sin embargo, fue el único libro que me hizo sentirme avergonzado cuando me pillaron leyéndolo en público. Por lo general, eso es algo que no me da vergüenza. He leído a la

* Título original de la trad. al cast. del libro *The Rules [Las Reglas]*, que el autor cita en tono crítico a lo largo de la obra. Aparece en mayúsculas y cursiva. (N. del E.)

prolífica escritora británica Jilly Cooper en el transporte público británico y, como soy un hombre y mido un metro noventa y tres, cantaba lo suyo, pero nunca me molestó.

Pero las miradas que me echaron cuando me senté en el metro leyendo *El método* me hicieron sentir claramente incómodo. «Fíjate en ese tío —debía de pensar la gente—. O es un fracasado tan grande que necesita un libro para que le digan cómo conquistar a alguien, o es uno de esos que necesita tirarse a todas las tías del mundo para alimentar su ego.»

¿Sabe por qué pensé eso?

Porque cada vez que veía a un hombre leyendo *El método*, eso es lo que yo pensaba de él.

Así que si alguna vez ve a un tío leyendo *El método*, recuerde que es posible que lo haga sólo por distraerse.

Por eso lo leía yo.

Honradamente.

Mi anécdota con *Cómo conquistar marido*

Una noche había salido por ahí con mi amigo Charlie y sus colegas del trabajo cuando me señaló a una chica preciosa, me dijo que no tenía pareja y se ofreció a presentármela.

—Genial —dije—. ¿Algo más que necesite saber?

—Es rubia, graciosa, inteligente y tiene un cuerpazo. ¿Qué más puedes pedir?

—Vale, a por ello.

Charlie se detuvo.

—Bueno, en realidad sí que hay algo. Es una chica de *Cómo conquistar marido*.

Lo pensé durante un nanosegundo.

—Olvídalo —le dije—. Prefiero salir con una muñeca hinchable.

Una última divagación sobre libros

Y luego está mi libro sobre relaciones favorito de todos los tiempos, *Why Men Love Bitches*. ¿Que a los hombres les gustan las zorras? ¿En serio? Conozco a un verdadero montón de tíos, y no se me ocurre uno solo al que le gusten las zorras.

Ni siquiera se me ocurre uno al que le gusten *un poquito*.

En realidad, aquí estoy siendo tendencioso. Sé perfectamente que *Why Men Love Bitches* no anima a las mujeres a ser zorronas. Sólo les dice que sean fieles a sí mismas y que no permitan que nadie las haga ceder terreno en ese sentido, ni las haga sentir que no son lo bastante buenas, que es un mensaje con el que estoy totalmente de acuerdo.

Pero, por favor, nada de putear.

Por qué los hombres se hacen polvo cuando alguien les gusta

Uno de los incordios más grandes que tiene ser hombre es que nos resulta muy fácil salir con chicas que nos gustan un poco, pero con las que sabemos que es muy probable que no nos comprometamos nunca. Con ellas estamos relajados, somos guays. No nos ponemos nerviosos ni decimos estupideces que las hagan pensar que somos raros, ni las acosamos demasiado de modo que salgan por pies. Proyectamos una imagen de confianza y seguridad en nosotros mismos.

Pero pongamos exactamente al mismo hombre delante de una mujer que le guste de verdad, que haga que le tiemblen las piernas y en la que no puede dejar de pensar, y es perfectamente posible, incluso probable, que se quede hecho polvo. Será lo opuesto al hombre descrito en el párrafo anterior, a pesar de ser el mismo sujeto.

Verá, cuando un hombre conoce a una chica que según él tiene potencial, de repente hay en juego mucho más que unas pocas citas, algo de cama, diversión y pasatiempos varios. Cuando las emociones levantan la cabeza, los hombres se vuelven confusos e inseguros. Detectar a un

hombre confuso, como estoy seguro de que todas saben, resulta muy fácil. Encontrar a uno atractivo es, lamentablemente, más complicado.

Supongo que la idea que intento expresar es la siguiente: si a usted le gusta un hombre y al principio lo nota un tanto nervioso, como si se estuviera empleando a fondo, no salga corriendo. Espere a que se calme un poquito y que vaya creciendo la confianza que tiene con usted.

Recuerde: la confianza masculina es frágil.

¿Qué hay en un nombre?

Cuando yo era joven, lo que afectaba a mi confianza más que cualquier otra cosa era mi nombre. No me gustaba nada. No había ningún otro chico llamado Humfrey, todo el mundo lo escribía mal (es un hecho que la «f» en mitad del nombre es mucho mejor que la «ph», como se escribe normalmente), y destacaba adondequiera que iba. Me hacía sentir tanta vergüenza, tan rarillo, que solía pensar en el nombre que elegiría cuando fuera lo bastante mayor para poder cambiarlo. Cuando tenía 9 años más o menos, recuerdo que me gustaba bastante la alternativa de llamarme Steve.

En muchos sentidos, fui un niño raro.

Cuando fui lo bastante mayorcito para empezar a salir con chicas, la cosa empeoró. Ahora que tenía que acercarme a ellas y decirles mi nombre, el potencial de avergonzarme se multiplicó de repente varios miles de millones de veces.

El peor momento llegó cuando estaba en una fiesta, cuyos asistentes rondábamos todos los 19 años, y estaba hablando con un par de chicas. Sí, es correcto, dos chicas a la vez; pensaba que ese día me estaba saliendo.

Entonces les dije mi nombre.

Una de ellas dijo:

—No, en serio. ¿Cómo te llamas?

Y se acabó, fin de la partida. Me puse tan rojo que no pude ni hablar, y tuve que pasar el resto de la noche a solas, sentado bajo un árbol, con la compañía de una botella de sidra de dos litros.

Pero a medida que crecí y adquirí más confianza en mí mismo, mi nombre empezó a gustarme. Y cuando comencé a hacer mis primeras incursiones en el terreno del periodismo y la edición, me di cuenta de que era útil: por ahí no hay muchos Humfrey Hunter, de modo que resultaba fácil destacar. Pero nunca, jamás, olvidaré lo avergonzado que me hacía sentirme cuando era más joven.

Unos pensamientos para acabar

Si a un hombre se le da *demasiado* bien ligar, con lo cual quiero decir que cuando se acercó a usted estaba claramente sosegado; si la llevó a algún sitio tremendamente *fashion* pero se comportó como si fuera a lugares así cada noche de la semana; si sabe exactamente adónde va a llevarla para tomar una copa a altas horas de la noche antes incluso de que nadie le sugiera nada (seguramente le dirá algo cursi en plan «un rinconcito a la vuelta de la esquina»); si cuando la besó al final de la velada su mirada revelaba la seguridad de que usted le devolvería el beso: entonces ese tío ha tenido tantas citas que podría competir a nivel internacional. Puede que sea bueno para una o dos noches, pero lo más probable es que usted sea tan sólo otra chica atrapada en su rutina manida, de la que él se cansará bastante pronto.

No le estoy diciendo que sea escéptica con todos los hombres a los que conoce, sólo que si el tipo con el que se ve está un poco nervioso, no piense mal de él por ese motivo. Su incertidumbre significa que o bien usted le gusta mucho, o bien que no tiene muchas citas, y ambas cosas son positivas para usted, sobre todo si, como pasa a menudo, suceden al mismo tiempo y con el mismo hombre. Si se muestra totalmente guay y no pierde el control en toda la noche, si está demasiado tranquilo, entonces usted no es especial para él.

Recuérdelo otra vez: la confianza masculina es frágil.

Secretos masculinos

1. Los mejores hombres no son siempre los más seguros de sí mismos.
2. Si le parece que un hombre se emplea a fondo, es porque usted le gusta. Discúlpelo.
3. Lea *El método*, por dos motivos: a) es divertido, y b) para ayudarlo a localizar a alguien que intenta jugarle una mala pasada.
4. Haga sus propias *Reglas*.
5. Siga esas reglas, incluso cuando beba, porque eso la ayudará a mantener el control de la situación.